

EFICACIA Y CONTINGENCIA DE LA COOPERACIÓN INTERNACIONAL PARA EL DESARROLLO

Alberto Hidalgo Tuñón
Universidad de Oviedo y Director del IEPC en Asturias

RESUMEN

Entre 1945 y 1990 la polarización ideológica entre las dos superpotencias (USA y URSS) sirvió de coartada para que la distancia entre el Norte rico y el Sur pobre siguiese aumentando. Se dice, a veces, que la Guerra Fría servía de tapadera a la olla exprés de la pobreza, y que al quitarla, sus efectos nos han saltado a la cara de forma traumática e inevitable. Y, aunque desde los años 90, la claridad de los diagnósticos sobre la situación desigual de partida y sobre los medios para erradicar la pobreza y el hambre en el mundo en términos operacionales ha exacerbado aún más la impotencia de los discursos teóricos, hay que constatar un cambio de filosofía, por lo menos, en las políticas internacionales de Cooperación al Desarrollo. El Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) pudo, tras la debacle de la URSS, establecer que el auténtico objetivo de los planes y programas de desarrollo no consistía tanto en favorecer el crecimiento económico per se, la industrialización, la mecanización del campo o la creación de «polos de desarrollo» (o cualquier otra práctica desarrollista exitosa de los países llamados industrializados tanto del primer como del segundo mundo), cuanto en «ampliar la gama de opciones de las personas brindándoles mayores oportunidades de educación, atención médica, ingresos y empleo, desde un entorno físico en buenas condiciones hasta libertades económicas y políticas» (1992).

Para la ONU la crisis ha significado disminución de las remesas de los emigrantes oscilaciones importantes y volátiles de los tipos de cambio, colapso de las reservas que repercuten directamente sobre las ayudas oficiales al desarrollo (AODs), aumento de la volatilidad del dinero, aunque también, lo que no es un dato negativo del todo: caída de los precios de los productos de primera necesidad. Esta crisis podría llegar a ser beneficiosa si los responsables de definir las políticas mundiales tomasen nota de las verdaderas consecuencias filosóficas (gnoseológicas, ontológicas, morales, axiológicas y económico-políticas) que se desprenden de la comprensión de su verdadero significado. Porque sólo si cambiamos la estructura del sistema la crisis no se cerrará en falso. Esta es la contingencia actual.

PALABRAS CLAVES

Pobreza, cooperación al desarrollo, desarrollo humano, crecimiento económico, ayuda oficial al desarrollo.

ABSTRACT

Between 1945 and 1990 the ideological polarization between the two superpowers (USA and USSR) served as an alibi so that the distance between the rich North and the poor South continue to rise. It is said sometimes that the Cold War served as a lid to the pressure cooker of poverty, and that to remove it, the effects we have come to the face of a traumatic and unavoidable. And even since the 90s, the clarity of the diagnoses on the unequal situation of departure and the means to eradicate poverty and hunger in operational terms has further exacerbated the impotence of theoretical discourses, one must note

a change in philosophy, at least in international policies for development cooperation. The United Nations Program for Development (UNDP) could, after the collapse of the USSR, to establish that the real objective of the plans and programs not so much to promote economic growth per se, industrialization, mechanization of field or the creation of "development poles" (or any other developmental successful practice called industrialized countries under the first and second world), as in "broadening the range of people's choices by providing greater access to education, health care, income and employment, from a physical environment in good condition until economic and political freedoms" (1992).

UN to the crisis has meant declining remittances of large and volatile exchange rates, collapsing reserves that directly impact on official development assistance (AODs), increased volatility of money, but also, which is not a negative figure of all: falling prices of staples. This crisis could become beneficial if those responsible for defining global policies take note of the true consequences philosophical (epistemological, ontological, moral, economic and political axiological) arising from understanding its true meaning. Because only if we change the structure of the crisis will not be closed in vain. This is the current contingency.

KEYWORDS

Poverty, development cooperation, human development, economic growth, official development assistance.

RÉSUMÉ

Entre 1945 et 1990, la polarisation idéologique entre les deux superpuissances (USA et URSS) a servi d'alibi pour que la distance entre le Nord riche et le Sud pauvre continuent d'augmenter. On dit parfois que la guerre froide a servi de couvercle à la cocotte-minute de la pauvreté, et que pour l'enlever, les effets que nous sommes venus à la face d'un traumatisme et inévitable. Et même depuis les années 90, la clarté des diagnostics sur la situation d'inégalité de départ et les moyens d'éradiquer la pauvreté et de la faim en termes opérationnels a exacerbé l'impuissance des discours théoriques, il faut noter un changement de philosophie, au moins dans les politiques internationales de coopération au développement. Le Programme des Nations Unies pour le développement (PNUD) pourraient, après l'effondrement de l'URSS, pour établir que le véritable objectif des plans et des programmes non pas tant pour promouvoir la croissance économique en soi, l'industrialisation, la mécanisation de champ ou la création de «pôles de développement» (ou toute autre pratique de développement réussi appelé les pays industrialisés dans le cadre du premier monde et le deuxième), comme dans "l'élargissement de la gamme de choix des gens en offrant un meilleur accès à l'éducation, la santé, revenu et d'emploi, à partir d'un environnement physique en bon état jusqu'à ce que les libertés économiques et politiques" (1992).

Des Nations Unies à la crise s'est traduite par la baisse des envois de fonds des taux de change importants et volatils, les réserves de l'effondrement qui influent directement sur l'aide publique au développement (OD), une volatilité accrue de l'argent, mais aussi, ce qui n'est pas un chiffre négatif de tous: la baisse des prix des denrées de base. Cette crise pourrait devenir bénéfique si les responsables de la définition des politiques mondiales prendre note des véritables conséquences philosophiques (épistémologique, ontologique, moral, économique et politique axiologique) découlant de comprendre sa véritable signification. Parce que si nous changeons la structure de la crise ne sera pas terminée en vain. C'est la contingence actuelle.

MOTS-CLÉS

La pauvreté, la coopération au développement, le développement humain, la croissance économique, l'aide publique au développement.

EFICACIA Y CONTINGENCIA DE LA COOPERACIÓN INTERNACIONAL PARA EL DESARROLLO

Alberto Hidalgo Tuñón
Universidad de Oviedo y Director del IEPC en Asturias

Entre 1945 y 1990 la polarización ideológica entre las dos superpotencias (USA y URSS) sirvió de coartada para que la distancia entre el Norte rico y el Sur pobre siguiese aumentando. Pese a que la carta de San Francisco permitió la construcción de un Sistema Internacional de Cooperación para el Desarrollo (SICD), los críticos de sus proclamas ideológicas denunciaban con razón la hipocresía que suponía disociar el espíritu de solidaridad manifestado por la Asamblea General de la ONU, por un lado, y las reales condiciones materiales de existencia propiciadas por los órganos de poder político y financiero (Consejo de Seguridad, FMI, Banco Mundial, etc.). Adorno y Horkheimer atribuían la cosificación de la vida no a un exceso de ilustración, sino a un defecto de ella y el particularismo de los intereses del propio sistema que llevaban el estigma de una irracionalidad total. Ni siquiera los discursos bienintencionados de carácter ético y humanista (fuesen de izquierdas o de derechas) que apelaban a un ascético anti-desarrollismo mediante la potenciación del espíritu, se salvaban de la descalificación por ceguera o glorificación del orden bipolar para el que era preferible *el final de todas las cosas que el final de la cosificación de la humanidad*: «Si la humanidad fuera ya dueña de la plétora de los bienes, se sacudiría las ataduras de esa civilizada barbarie que los críticos culturales imputan al proceso del espíritu en vez de al atraso de las condiciones materiales», sentenciaba Adorno en *Prismas*.

Se dice, a veces, que la Guerra Fría servía de tapadera a la olla exprés de la pobreza, y que al quitarla, sus efectos nos han saltado a la cara de forma traumática e inevitable. Y, aunque desde los años 90, la claridad de los diagnósticos sobre la situación desigual de partida y sobre los medios para erradicar la pobreza y el ham-

bre en el mundo *en términos operacionales* ha exacerbado aún más la impotencia de los discursos teóricos, hay que constatar un *cambio de filosofía*, por lo menos, en las políticas internacionales de Cooperación al Desarrollo. El Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) pudo, tras la debacle de la URSS, establecer que el auténtico objetivo de los *planes y programas de desarrollo* no consistía tanto en favorecer el crecimiento económico *per se*, la industrialización, la mecanización del campo o la creación de «polos de desarrollo» (o cualquier otra práctica desarrollista exitosa de los países llamados industrializados tanto del primer como del segundo mundo), cuanto en «*ampliar la gama de opciones de las personas* brindándoles mayores oportunidades de educación, atención médica, ingresos y empleo, desde un entorno físico en buenas condiciones hasta libertades económicas y políticas» (1992). En 1993, a su vez, la Conferencia de Viena acabó con la polémica ideológica en torno a los derechos humanos al reconocer que no hay libertades políticas individuales sin derechos y libertades sociales o sin reparto equitativo de la riqueza y el bienestar social y viceversa. Los derechos humanos son *universales, indivisibles e interdependientes*.

En otro lugar he analizado con más profundidad los cinco cánones entre los que se debate la cooperación al desarrollo: el canon del *crecimiento irrestricto*, el canon del *desarrollo sostenible*, el canon *antidesarrollista* (en todas sus variantes ecologistas y no ecologistas), el canon del *desarrollo humano* y el del desarrollo *endógeno* local o comunitario¹. El problema conceptual de fondo entre los cánones más “desarrollistas” y los más “humanistas” no es sólo de *medios y fines*, sino también de *fosos y nexos*. En general y a grandes rasgos, sigue pareciéndome correcta la apreciación que entre nosotros han sostenido con perseverancia José Luis Sanpedro y Carlos Berzosa: «El crecimiento económico no constituye el fin del desarrollo... En numerosas sociedades, pese al aumento de su PNB por habitante, muchas personas permanecieron en la pobreza absoluta»² El PNUD llama a este fenómeno «*crecimiento sin equidad*» y lo ejemplifica en algunos países de América

1 Cfer mi «Teorías y modelos de la idea de desarrollo: los cinco cánones», en Hidalgo Tuñón, A y Medina Centeno, R (eds.) *Cooperación al desarrollo y bienestar social*, Eikasía, Oviedo, 2004, pp. 175-233

2 J.L. Sampedro y Carlos Berzosa. *Conciencia del subdesarrollo. Veinticinco años después*. Taurus, Madrid, 1996, p. 202

Latina, como México y Chile. México que liberalizó su economía a partir de mediados de los 80, logrando así una mayor integración en la economía mundial (en el bloque norteamericano concretamente), aumentó también la desigualdad del ingreso internamente. El coeficiente Gini que lo mide pasó de 0,43 en 1984 a 0,48 en 1992. Lo mismo ocurrió en Chile, donde la aplicación de las políticas monetaristas de Milton Friedmann y sus muchachos bajo la protección del ahora juzgado y condenado, no ya por “violación de los derechos humanos, sino por “apropiación indebida”, A. Pinochet, hizo pasar el coeficiente Gini de 0,45 en 1970 a un 0,57 en 1.990. Este incremento del 27 % en la disparidad de ingresos explica claramente la estratificación por barrios que se observa en Santiago a poco perspicaz que sea uno.³

La claridad teórica alcanzada, sin embargo, no elimina, la duda sobre la eficacia de un trabajo en cooperación que parece condenado constantemente al fracaso, como el intento de Sísifo de subir la roca a la montaña. Como ya nos advirtiera Adorno, «incluso la más radical reflexión sobre el propio fracaso tropieza con el límite infranqueable de no ser más que reflexión, sin poder modificar la existencia de que da testimonio el fracaso del espíritu». Pero el *pensamiento dialéctico* no se desinteresa por las producciones culturales como meros *epifenómenos* teóricos. Consciente de que las causas estructurales de la desigualdad no se remedian con modestos planes y programas de cooperación, no ignora la posibilidad de una revolución teórica en el seno del capitalismo, que, por un lado, ha acabado acep-

tando la tesis 11 sobre Feuerbach acerca de la *necesidad de transformación*, mientras, por otro, ha “saqueado” el concepto marxista de ideología pasándolo por el agua bendita del relativismo generalizado. Tanto la Escuela marxista de Frankfurt como la materialista de Oviedo exigen nuevas interpretaciones categoriales del mundo de la cooperación. En ese contexto hay que valorar, el nuevo concepto de *desarrollo humano*, que ha merecido reconocimiento científico desde que el Premio Nobel de Economía fue otorgado a uno de sus autores, Amartya Sen, en 1998. Puesto que se trata de relacionar el saber de la sociedad como totalidad y el saber de su imbricación en la vida que se transforma, el concepto de desarrollo humano se ofrece como un concepto flexible de transformación social, que trata de superar el reduccionismo economicista y recoger los argumentos que están a la base de la idea de incluir entre las condiciones de una *calidad de vida digna* la libertad, la democracia, el respeto a los derechos humanos, o, al menos, la seguridad jurídica de las poblaciones y la posibilidad de participar en las decisiones colectivas.

Ante la dificultad de establecer una *correlación positiva* entre el respecto a estos valores y el desarrollo, el PNUD se limitó en 1990 a seleccionar como índice de la *calidad de vida* tres dimensiones básicas —longevidad, logro educativo y acceso a recursos monetarios— porque eran cuantificables y permitían un tratamiento estadístico, pero los técnicos del PNUD no quisieron estancarse en las críticas que les hicieron desde otros cánones y van ampliando y perfeccionando prácticamente todos los años el concepto de desarrollo humano con nuevos índices. Desde el principio, sin embargo, concibieron la calidad de vida como un *proceso dinámico* que nunca puede concretarse en cifras exactas. La medida es siempre un *indicador mínimo* (una suerte de *minima moralia*) y la *calidad de vida* es más que nada un proceso de «desarrollo humano», del que no están excluidos *a priori* ninguno de los llamados derechos fundamentales de las personas. He aquí, pues la regla operatoria que garantiza la recursividad indefinida del modelo del desarrollo humano. La estructura que le sirve de armadura no es otra que la *Declaración Universal de los Derechos Humanos* de 1948. Este carácter auto-referente, aunque resulta muy coherente desde el punto de vista

3 Desde 1990 el PNUD viene publicando un informe anual titulado, Informe sobre el desarrollo humano, con el año detrás. En español los Informes de 1990, 1991 y 1992 fueron publicados en Santa Fe de Bogotá por Tercer Mundo Editores. A partir de 1993 se hace cargo de la publicación Mundi-Prensa en Madrid. Paralelamente el PNUD ha publicado en dichas editoriales informes específicos sobre algunos países en vías de desarrollo. Sobre Chile específicamente existe una gran controversia que Manuel Castells resume así: «Con frecuencia se malinterpreta porque, considerado desde la perspectiva de 1990, el desarrollo chileno mezcló de modo secuencial dos modelos de crecimiento muy diferentes: el primero, bajo la dictadura del general Pinochet (1974-1989), sufrió una crisis en 1980-1982 y encontró serias dificultades a finales de esa década. El segundo modelo, bajo las condiciones de la democracia política de los años noventa, puede representar la oportunidad de crecimiento económico sostenido en la nueva economía global. Los dos modelos chilenos son de hecho representativos de caminos divergentes... » *La era de la Información. Economía, sociedad y cultura*, Alianza, Madrid, 1997, vol, I, p. 152. Cfer. et. Alejandro Foxley, *Los objetivos económicos y sociales en la transición a la democracia*, Universidad de Chile, Santiago, 1995.

institucional de las Naciones Unidas y sus organismos, puede pasar fácilmente desapercibido, porque la definición de «desarrollo humano» habla de oportunidades, pero no hace mención explícita ni a los derechos humanos, ni a su protección y salvaguarda jurídico-política.. «El desarrollo humano es un proceso en el cual se amplían las oportunidades del ser humano. En principio estas oportunidades pueden ser infinitas y cambiar con el tiempo. Sin embargo, a todos los niveles del desarrollo, las tres más esenciales son disfrutar de una vida prolongada y saludable, adquirir conocimientos y tener acceso a los recursos necesarios para lograr un nivel de vida decente. Si no se poseen estas oportunidades esenciales, muchas otras alternativas continuarán siendo innacesibles»⁴

En realidad, como recuerda Amartya Sen, la economía era en sus orígenes una rama de la Filosofía, más específicamente de la ética y de la moral, por lo que los economistas figuran en la preocupación por el desarrollo humano en el rango de “filósofos de la vida material”, como decía Heilbroner. Porque si regresamos a la definición citada y rastreamos sus raíces filosóficas, pronto nos percatamos de que, además de la salud y la educación, lo que exige este canon del desarrollo humano son *oportunidades* para “alcanzar un nivel de vida decente”. Pero ¿acaso “el nivel de vida decente” no es un concepto histórico cultural que cada sociedad va definiendo en función del desarrollo de ciertos niveles de conciencia, cuya «naturaleza activa... obra una incesante dialéctica, que avanza de posibilidad en posibilidad, incapaz, no obstante, de lograr una solución de su problema»⁵, al igual que la «calidad de vida» que se extiende más allá de este mínimo vital de oportunidades que consiste en satisfacer el hambre y la sed. Al subrayar este parentesco ideológico de la definición del PNUD en términos de oportunidades con el “idealismo de la libertad” de Dilthey, y antes aún con el proyecto ilustrado, no pretendo rebajar el valor que han tenido los técnicos del PNUD al haber acertado a atenerse a «la regularidad de las leyes vitales» para seleccionar sus tres indicadores básicos. El hecho de que estas tres variables coincidan, además, con los que ya señalaba

Tales de Mileto en los orígenes del pensamiento occidental, más que como un síntoma de *eurocentrismo*, debería interpretarse como un signo de “*universalismo*”, pues también en otras viejas culturas, como la china o la hindú, se recogen fórmulas similares.

Es cierto que el canon del desarrollo humano, así definido, no está exento de dificultades que conciernen al propio concepto de *capital humano*. Por supuesto que el simple diagnóstico de la existencia de injusticias e inequidades lo mismo que el conocimiento de los abusos cometidos por el capital financiero que ha generado la crisis económica de 2008 no basta; sólo sirve para producir *indignación*, aunque muchas de sus causas asociadas a la pobreza y al subdesarrollo (enfermadades, ingresos insuficientes, falta de escolarización, reparto desigual de la riqueza, etc.) tienen aparentemente una solución muy fácil, que nunca acometemos. Y, por supuesto, que las acciones específicas de cooperación son una gota de agua en un océano de injusticias, que “del dicho al hecho hay un trecho”, y que “una cosa es predicar y otra dar trigo”, etc. Pero, si no fuese por los programas del PNUD ni siquiera conoceríamos las dimensiones reales del problema, ignoraríamos la responsabilidad que concierne a la legislación y a las políticas nacionales de los propios países que sufren la lacra del subdesarrollo, e incluso la injusticia ni siquiera se vería como un problema.

En términos de cooperación, no obstante, los años 90 parecieron avanzar. Las macro-tendencias económicas aconsejaban un cauto optimismo sobre la economía mundial. El comercio se iba haciendo cada vez más dinámico, como lo fue en 1988 y 1989; el PIB *per cápita* seguía experimentando un crecimiento sostenido y estaban bajando los tipos de interés, sobre todo, en Europa. Con todo, se estaba produciendo un fenómeno de *crecimiento sin empleo*, que en ciertos momentos fue la mayor preocupación económica. Brenner y Pollin (*Los contornos del declive*, Akal, 2005) han cuestionado los éxitos de aquella “nueva economía” como un “boom hueco”, al haberse apoyado en los *puntocom* y los nuevos “barones ladrones” (WorldCom, Enron, Arthur Andersen, Parmalat, Vivendi, etc.) Pero en el Occidente capitalista, al menos, la nueva situación provocada por

4 PNUD, Informe sobre el desarrollo humano 1993, Mundi-Prensa, Madrid, 1993, p. 119

5 Dilthey, Teoría de las concepciones del mundo, Revista de Occidente, Madrid, 1974, p. 77

el tránsito de las economías de planificación centralizada a economías de mercado o de economía social de mercado contribuyeron a transformar los propios conceptos económicos más cargados ideológicamente. Por ejemplo, la distinción estricta entre ámbito público y privado de la actividad económica, para bien o para mal, comenzó a perder significado a medida que un amplio número de entidades representativas de diversos sectores de la sociedad civil (ONGs, Multinacionales, Fundaciones, Federaciones Internacionales, etc) que ganaron importancia e influencia económica en todos los países. La distinción estricta entre economías «planificadas» y de «mercado», fue perdiendo sentido ante la implantación de distintos modelos de economía mixta tanto en los países ricos como en los «países de renta baja o media», que a poco se convertirían en economías emergentes, como el BRIC. De hecho, como ya no había un sólo centro de la actividad económica, sino varios centros además de Estados Unidos (articulada ahora con Canadá y México), el policentrismo se dibujaba entonces como una nueva oportunidad. Síntoma de estos cambios es la apuesta específica de Europa, que en conjunto aportaba el 43 % de la Ayuda mundial para el desarrollo, de *vincular sus aportaciones al respeto de los derechos humanos en los países ayudados*, o la propuesta 20/20 de la última conferencia sobre la pobreza de Copenhague en 1995, constituían políticas que iban en la dirección adecuada y propiciaron la formulación de los objetivos de desarrollo del milenio (ODM), un conjunto de metas cuantificadas y limitadas en el tiempo, acordadas por los Jefes de Gobierno de 198 países para reducir la pobreza extrema y ampliar los derechos universales antes del 2015.

La gran ventaja de esas metas, acompañadas de indicadores precisos, es que permite evaluar si avanzamos o retrocedemos. De hecho la ONU hace evaluaciones anuales y, quinquenales, como la de 2010 (Cfer.: www.un.org/spanish/millenniumgoals/reports.shtml). Con todo, la historia de la cooperación es zigzageante, con avances y retrocesos. Un retroceso espectacular se produjo tras los atentados terroristas del pasado 11 de septiembre de 2001 contra las torres gemelas de Nueva York y el Pentágono en Washington. Sin embargo, ya antes en términos de economía real estaba claro que

el éxito político e ideológico del neoliberalismo, que se había entronizado como “sentido común espontáneo”, naturalizando la hegemonía de las clases dominantes, no se correspondía con los datos de la economía real. No voy a recitar las evaluaciones preocupantes realizadas en 2005, como las citadas de Branco Milanovic sobre la desigualdad, o la de que en 2005 se constata que con las tendencias actuales en lugar de disminuir las personas con menos de 1 \$ día aumentarán 380 millones en el 2015, o la de que entre 1990-2003, 18 países (12 africanos) retroceden en el IDH, en lugar de avanzar. Además, la deuda no disminuye, los países ricos no llegan al 0,7 % prometido y, sobre todo, un estudio de Benoit demuestra que el crecimiento económico en los países en vías de desarrollo muestra una correlación positiva más con los gastos en defensa que en sanidad o educación. Así pues, mientras no se logre una mayor justicia en las relaciones económicas y monetarias internacionales, la vinculación de la AOD con la situación de los derechos humanos, aunque sea un avance, es sólo un parche dictado por «la incapacidad moral de seguir aguantando la destrucción de las dos terceras partes de la humanidad». No obstante, los organismos internacionales y multilaterales avanzan cuando logran ponerse de acuerdo en objetivos e indicadores, porque ello permite evaluar la eficacia de la ayuda.

Me parece que esa es la lógica que está salvando los muebles de la cooperación en la espeluznante, inesperada, injusta y maquiavélica crisis financiera en la que nos han metido los poderes fácticos tradicionales, que se han negado siempre a hacer las reformas y a llevar los controles requeridos para evitar los abusos. Gracias a la *Declaración de París sobre la Eficacia de la Ayuda al Desarrollo* realizada por el Foro de Alto Nivel entre el 28 de Febrero y el 2 de Marzo de 2005. En un espíritu de mutua responsabilidad entre donantes y países socios, ambos se comprometen con 12 metas específicas a lograr en 2010, que suelen agruparse en 5 principios. Por ejemplo, se llama “*Apropiación*” al compromiso político de los países socios de sacar adelante políticas y estrategias operativas de desarrollo de manera que puedan ser testadas a nivel internacional, aún cuando las mediciones se efectúen a nivel nacional. Como mínimo el 75 % de los países socios deberían formular es-

trategias nacionales de desarrollo claras y vinculadas a los gastos a medio plazo reflejadas en los presupuestos anuales. El principio de “*Alineación*” mediante el cual se pretende que los donantes basen todo su apoyo en las estrategias, instituciones y procedimientos nacionales de los países socios, a su vez, se despliega en siete metas específicas, referidas a la fiabilidad de los sistemas nacionales para que puedan utilizarse como vehículos para la cooperación, a reforzar las capacidades con apoyo coordinado, a hacer la ayuda más predecible y, sobre todo, a potenciar que la ayuda bilaterales se haga cada vez de manera más desligada. Las metas agrupadas bajo el principio de “*Armonización*” se orientan sobre todo a conseguir procedimientos comunes de ejecución y evaluación. Por último, hay una relación biunívoca entre los dos últimos principios, a saber, la “*gestión orientada a resultados*” y la “*mutua responsabilidad*” y las metas correspondientes.

Para hacer más eficaz la ayuda y acelerar el ritmo de cambio, se realizaron en 2008, tres conferencias internacionales: el Foro del alto nivel de Accra sobre la eficacia de la ayuda, el Evento de alto nivel de las Naciones Unidas sobre los ODM (en Nueva York) y la reunión de seguimiento sobre Financiamiento para el Desarrollo, en Doha. El de Accra, sobre todo, operativiza la realización de los acuerdos de París, diciendo cómo hay que construir tejido asociativo en la sociedad civil, cómo aumentar la transparencia, cómo fortalecer la capacidad para gestionar y dirigir el desarrollo en los países socios, etc. En este sentido hay una clara mejora técnica en la cooperación para el desarrollo a nivel global, pese a que los avatares del mundo juegan en su contra. De ahí que la crisis financiera de 2007, que ha provocado tantos problemas en los países desarrollados, parece no haber repercutido tanto en las precarias economías subdesarrolladas. Hay en ello cierta lógica popular, pues si estás tumbado ya el golpe de la caída es mínimo. A lo largo de 2009 tanto el Banco Mundial como el Fondo Monetario Internacional (FMI) han preparado una serie de Informes alertando sobre dramática desaceleración del crecimiento y del empleo, las repercusiones negativas de la crisis financiera en la balanza comercial y en la balanza de pagos, en la fuerte reducción de las entradas netas de capital privado y de

la inversión extranjera directa, y en el acceso reducido al crédito y a la financiación del comercio⁶. Para la ONU la crisis ha significado disminución de las remesas de los emigrantes⁷, oscilaciones importantes y volátiles de los tipos de cambio, colapso de las reservas que repercuten directamente sobre las AODs⁸, aumento de la volatilidad del dinero, aunque también, lo que no es un dato negativo del todo: caída de los precios de los productos de primera necesidad⁹. En otro lugar, me he ocupado con más detalle de estas cuestiones. Aquí sólo recordare, a modo de conclusión, mi opinión, de que esta crisis podría llegar a ser beneficiosa si los responsables de definir las políticas mundiales tomasen nota de las verdaderas consecuencias filosóficas (gnoseológicas, ontológicas, morales, axiológicas y económico-políticas) que se desprenden de la comprensión de su verdadero significado. Porque sólo si cambiamos la *estructura del sistema* la crisis no se cerrará en falso. Esta es la contingencia actual.

6 BM & FMI: “Informe sobre seguimiento mundial 2009: Una emergencia de desarrollo”, (abril de 2009); BM: “Flujos mundiales de financiamiento para el desarrollo 2009: Trayectoria de la recuperación mundial”, (junio de 2009).

7 PNUD (2009) Informe sobre el desarrollo humano 2009. Superando Barreras: Movilidad y desarrollo humano, Mundi Prensa, Madrid, pp. 80-83.

8 Más detalles en www.oecd.org/dac/stats/daclist.

9 Asamblea general de la ONU: Resolución 63/303, de 9 de julio de 2009.

